



PEDALEANDO EN EL
INFIERNO

BIOGRAFÍA DE UN CICLISTA EN TIEMPOS DE PENUMBRA

JORGE QUINTANA

 Libros de Ruta

PEDALEANDO EN EL INFIERNO

BIOGRAFÍA DE UN CICLISTA
EN TIEMPOS DE PENUMBRA



© Jorge Quintana Ortí, 2019.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2019.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: junio 2019

Autor: Jorge Quintana Ortí

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada y maquetación: Amagoia Rekerro García

ISBN: 978-84-949111-7-0

Depósito legal: BI-899-2019

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Para mis padres,
por su amor incondicional
y también por inculcarme
la pasión por el ciclismo

En la trayectoria de cada ciclista, llega un momento en el que te enfrentas con tu verdadero rival y entiendes que el único enemigo con el que debes luchar para romper tus límites... eres tú.

Lance Armstrong

ÍNDICE

Capítulo I	15
Capítulo II	21
Capítulo III.....	25
Capítulo IV.....	29
Capítulo V.....	37
Capítulo VI	45
Capítulo VII	51
Capítulo VIII.....	59
Capítulo IX.....	65
Capítulo X.....	73
Capítulo XI.....	79
Capítulo XII	87
Capítulo XIII.....	93
Capítulo XIV.....	101
Capítulo XV	109
Capítulo XVI.....	113
Capítulo XVII.....	119
Capítulo XVIII	125

PEDALEANDO EN EL INFIERNO

Capítulo XIX.....	133
Capítulo XX.....	139
Capítulo XXI.....	145
Capítulo XXII.....	153
Capítulo XXIII.....	159
Capítulo XXIV.....	167
Capítulo XXV.....	175
Capítulo XXVI.....	181
Capítulo XXVII.....	187
Capítulo XXVIII.....	195
Capítulo XXIX.....	203
Capítulo XXX.....	205
Capítulo XXXI.....	211
Capítulo XXXII.....	219
Capítulo XXXIII.....	225
Capítulo XXXIV.....	235
Capítulo XXXV.....	239
Capítulo XXXVI.....	247
Capítulo XXXVII.....	255

ÍNDICE

Capítulo XXXVIII.....	259
Capítulo XXXIX.....	265
Capítulo XL.....	271
Capítulo XLI	279
Capítulo XLII	287
Capítulo XLIII.....	293
Capítulo XLIV	297
Capítulo XLV	309
Capítulo XLVI	315
Capítulo XLVII.....	321
Capítulo XLVIII.....	327
Capítulo XLIX.....	333
Capítulo L.....	343
Capítulo LI	349
Capítulo LII.....	355
Capítulo LIII	359
Capítulo LIV.....	369
Capítulo LV	377
Capítulo LVI.....	383

PEDALEANDO EN EL INFIERNO

Capítulo LVII.....	391
Capítulo LVIII	397
Capítulo LIX	403
Capítulo LX.....	411
Capítulo LXI	417
Capítulo LXII	427
Capítulo LXIII.....	433
Capítulo LXIV	441
Capítulo LXV	451
Capítulo LXVI.....	459
Capítulo LXVII	469
Capítulo LXVIII	477
Capítulo LXIX.....	483
Capítulo LXX.....	493
Capítulo LXXI.....	499
Capítulo LXXII	509
Capítulo LXXIII.....	517
Capítulo LXXIV	527
Capítulo LXXV	535

CAPÍTULO I

Hoy me levanto nervioso. No es algo extraordinario en mi vida. En realidad, me sucede cada vez que me enfrento a un día especial. Pero lo mejor será que empiece presentándose: me llamo Lucas Castro y mi vida entera gira alrededor del ciclismo. En este caso estoy ansioso porque no hablamos de una etapa de alta montaña. Hablamos de la jornada decisiva en la, posiblemente, la carrera más dura del mundo. Para mí, no hay ninguna duda: hoy es un todo o nada. Se acabó pensar en el día siguiente. No hay futuro. Tampoco pasado. Solo vivo para el presente. Así de fácil y de cruel es el deporte profesional.

Desayuno con un nudo en el estómago. Siempre me pasa. No sé cómo llenar las primeras horas de la mañana. En cambio, sí sé lo que voy a hacer el resto de la jornada: sufrir como un perro. No sé por qué, pero me encanta esa expresión. Disfruto arrastrando las letras reses de la palabra perro cuando la pronuncio en voz alta. Creo que refuerza la sensación de esfuerzo. Mi destino será una agonía sin fin, transitando por el límite de lo inhumano. Me refiero a esa ínfima fracción de tiempo en la que nos comportamos como autómatas, sin sentir dolor ni placer. Vemos nuestras piernas moverse mientras el corazón late a mil por hora y la mente se vacía. Lo hacemos completamente disociados de nuestro cuerpo. Nos sentimos especiales en esos fragmentos de nuestras vidas, pero también sabemos que esa exposición por encima de las leyes de la física debe ser lo más corta posible... si queremos vivir muchos años.

Ahora mismo, todo importa poco. Aún no ha llegado la hora de empezar a pensar en gestas heroicas y, aunque suene realmente ridículo, no tengo mucho más que hacer durante el resto del día. Los demás se encargan de que la jornada vaya avanzando. Yo, por mi parte, me limito a mirarlos, sonreír y esperar en silencio. Siempre se me ha dado bien lo de permanecer callado y sonreír. Ese tipo de solución no genera problemas y, además, te acaba abriendo muchas puertas. Logras que todos te califiquen como un buen chico. Y solo por cumplir con mi primera norma: si no tienes claro qué debes hacer, es mejor que no hagas nada. Por supuesto, también trato de descansar. Es mi gran prioridad. En resumen, debo matar el tiempo... intentando no gastar ni un gramo de fuerzas. Suena sencillo. No lo es. Son muchos los que queman demasiada energía por culpa de la ansiedad de no hacer nada. No es mi caso.

Salgo a dar una vuelta con la bici. Son pocos minutos, lo justo para sentir la brisa del viento sobre mi rostro y constatar que los nervios van apaciguándose. Son momentos solitarios en los que consigo despejar mi mente. No he hecho ningún esfuerzo, solo soltar las piernas y quitarme la tensión. Es lo que quería y es lo lógico, sobre todo, pensando en las más de seis horas que tengo por delante. Ni siquiera he sudado. Mi cabeza está centrada en la etapa. Solo cuenta la etapa. No existe nada más.

Para muchas personas, mayo es el mes de las alergias, del despertar de la naturaleza, de las comuniones de los niños y de los planes para las vacaciones estivales. En definitiva, hablamos de un mes a medio camino entre la oscuridad del invierno y la plenitud del verano. Para mí, es solo el mes del Giro de Italia. No hay nada más. Todo se resume en esas cuatro letras: Giro. Incluso sé lo que sucederá en cuanto acabe la carrera: una extraña melancolía dominará todos y cada uno de mis actos. De repente, mi vida pasará a estar vacía. Me sentiré incapaz de ser feliz desde que suene el despertador hasta que me vuelva a meter en la cama para dormir. Entre medias, mi cabeza empezará a dar vueltas y más vueltas buscando un objetivo al que aferrarse, pero sin encontrar nada que valga la pena. No lo hay. No hay nada que pueda igualarse en intensidad a la disputa de un Giro.

CAPÍTULO I

Si soy sincero, esa sensación es algo que me pasa con frecuencia. Cada vez que comienza una carrera de tres semanas, toda mi vida gira alrededor de la vuelta. Y cuando finaliza... no hay nada más que pueda hacer. Siento que no tengo motivación para seguir viviendo y el resto de actividades me parecen estúpidas. Pero aún estoy lejos de ese punto nihilista que no llegará hasta la conclusión del Giro. De momento, me quedan poco más de cuatro días para aterrizar en Milán, la ciudad que suele acoger los finales de la *corsa rosa*. Por delante, tengo los días más importantes y no puedo perderme ni un solo detalle. Nada debe salir mal.

Al final, me obligo a comer. No presto atención al plato que ponen frente a mis narices, aunque tal vez debiera hacerlo. Lo cierto es que se trata de un ritual obligatorio antes del gran reto, así que me limito a cumplir con el expediente. Nada es importante. Solo la etapa. Miro el reloj. Todo va según lo previsto. Y, sin embargo, vuelvo a mirar el reloj. No sé por qué. Solo han pasado una decena de segundos. Por mucho que lo mire, las manecillas no van a cambiar su pausado ritmo solo para complacer mi deseo de agitar el mundo y recortar las esperas inútiles. Mi gesto es ridículo, pero trato de ser comprensivo conmigo mismo. En el fondo, lo de mirar tres veces el reloj cada minuto es un tic nervioso para disculpar mi creciente ansiedad. Nos ocurre a casi todos en estos días especiales.

A la hora señalada, veo un inmenso pelotón poniéndose en marcha. En la cabeza del gran grupo circula un coche descapotable con el presidente del jurado técnico y el director de la organización. Llevan un ritmo cansino. Estamos en la zona neutralizada y, por el momento, controlan con mano férrea a la bestia que forman decenas de ciclistas y bicicletas. Entre los corredores, hay bromas, risas y los primeros frenazos que causan tensión y algún que otro grito, sobre todo, de los italianos, siempre los más nerviosos por ser los que corren en casa y por querer ir en las zonas cabeceras antes de que se dé el banderazo de salida. Todos esos gestos banales son fruto de los nervios. Es difícil controlar la adrenalina de las primeras pedaladas. Todos lo sabemos. Nos jugamos mucho: hay equipos que no han ganado nada y otros que aún podemos ganarlo todo. No encontrarás un equipo sin objetivos.

En los primeros metros ya hay ataques por parte de los más valientes y, sobre todo, de los más humildes. Saben que su destino está sentenciado, así que intentan morir con la dignidad de los viejos gladiadores romanos: de pie, mirando al enemigo y con la espada en la mano. Es inútil. Hoy no es etapa para jornaleros de la gloria. Es día para los grandes. Pero cada uno debe cumplir con su papel y ellos lo hacen con una tenacidad digna de admiración. Los helicópteros sobrevuelan por encima de las cabezas del pelotón y siempre desde la máxima cercanía posible. Ningún espectador quiere perderse los detalles de la etapa reina. Ellos resultan imprescindibles para que las imágenes se distribuyan por todo el mundo, puesto que no solo toman esas imágenes aéreas sino que también ejercen su función de repetidores de la señal de los motoristas. Intento olvidar todos esos detalles técnicos y pensar solo en la parte deportiva.

En el fondo, sé que lo que estoy viviendo es lo mismo que sucede cada día que afrontamos la etapa reina de una gran vuelta, pero, para todos los que estamos aquí, es igualmente cierto que cada jornada nos parece diferente, muy diferente. Son los benditos matices de fijarte en un corredor especialmente concentrado en esa mañana o en otro que anda en la cola y buscando con la mirada el coche donde viaja el médico, pequeños gestos que pueden llevarte a cambiar de táctica. El ciclismo siempre ha sido un deporte de listos. Todavía lo es. Y siempre lo será. Es una inmensa partida de ajedrez que se disputa a casi doscientas pulsaciones por minuto.

De repente, los nervios desaparecen de mi cuerpo y de mi cabeza. Con el inicio de la carrera, me olvido de todo. Ya no hay espacio para nada que no sea la concentración en el esfuerzo. Disfruto con cada pedalada, con la sensación de velocidad que ofrece el pelotón en las llanuras previas a la gran emboscada. Aún no hemos llegado a la montaña. Ahí es donde cambiará todo. Sonríe. Muchos están gastando fuerzas inútilmente y tengo buenas vibraciones. Pierdo incluso la cuenta de los kilómetros que van pasando. Dejo a un lado todo lo que había leído antes: si había una zona de repechos, si el viento podía entrar con fuerza por el lado derecho en los primeros kilómetros... Nada de eso tiene importancia. Solo las fuerzas y las rampas de la Marmolada

CAPÍTULO I

cuentan, aunque antes tengamos que ascender otros dos puertos: el Passo Duran y Forcella Staulanza. Lo que no olvido es que después de superar la mítica ascensión de la Marmolada, nos tocará afrontar la subida al Passo Sella, el último de los colosos del día y donde un momento de debilidad puede cambiar la historia entera del día, del Giro o incluso del ciclismo.

En mi cabeza hay un nombre que se ha convertido en una obsesión desde el mismo momento en que vi los recorridos de esta edición del Giro: la Marmolada. Ese será el punto para pasar al ataque, aunque en este caso hay rivales que se adelantan y ya en las primeras rampas buscan soltar al líder, el suizo Alex Zülle, quien esta temporada luce un nuevo maillot después de haber abandonado las filas del equipo de Manolo Sáiz y Pablo Antón.

No tengo ninguna duda: los rivales se están precipitando. Es mejor subir ese coloso con una velocidad constante y olvidarse de los cambios de ritmo bruscos. Es cierto que los demarrajajes te permiten sacar mucha ventaja en pocos metros. También pueden servir para minar la moral del líder. Pero te dejan vacío muscularmente y eso es peligroso en una ascensión tan dura. La Marmolada es un puerto para valientes. Pero no para suicidas. Siempre he sido lo primero. Nunca lo segundo.

Cuando llega el momento decisivo, olvido todo lo demás y aprieto los dientes. La cara de Alex Zülle no es la mejor y suele ponerse nervioso cuando la carrera se descontrola, así que toca arriesgar y buscar el objetivo desde lejos, intentar que se bloquee mentalmente y acabe hecho añicos en un mar de dudas y fantasmas. Es el momento de darlo todo. Las primeras ventajas son pequeñas. Luego van creciendo con cada kilómetro. Las referencias que van cantando por todos lados son tan sorprendentes que no sé si creerlas. Zülle está en crisis y va camino de perder del Giro. Esa es la sorpresa. También Pavel Tonkov pierde comba, a pesar de haber sido el primero de los grandes en salir al ataque en esa recta interminable que adorna la ascensión a la Marmolada. Todo está saliendo muy bien, tal vez incluso demasiado bien.

Pero, de repente, una avería mecánica está a punto de tirar por la borda todo el esfuerzo. La cadena de la bici se vuelve rebelde y

se empeña en no quedarse quieta en su carril. Es una tontería, pero puede darte con los huesos en el suelo. Por suerte, todo regresa a su sitio y hay tiempo para rehacerse de la mala fortuna. Y también hay fuerzas. Ahora toca la ascensión al Passo Sella y todavía restará una peligrosa bajada hasta la línea de meta. Pronto regresarán las buenas referencias y la euforia que transmiten desde el coche, una euforia que a duras penas logran contener. Llega un punto en el que dejo de prestar atención a las voces que suenan a mi alrededor. Los *tifosi*, nombre de los fanáticos seguidores italianos, están a punto de enloquecer. Los gritos de alegría han inundado mi cerebro hasta saturarme, así que dejó de escuchar. Solo pienso en cada curva de la bajada. Las trazadas deben ser perfectas y así es. Todo está saliendo tan bien que solo puede ser fruto de una broma, una inmensa broma. O quizás tal vez sea un simple sueño del que acabaré despertando. Pero la realidad es diferente. Ni lo uno ni lo otro. Es, sencillamente, una exhibición para los libros de historia del ciclismo.

Seis horas, dieciséis minutos y cincuenta y ocho segundos después de haber comenzado la etapa, llega el momento de pisar la línea de meta, mirar el reloj, ver los tiempos, escuchar las preguntas de los periodistas y, por supuesto, subir al podio y darse un merecido baño con champán. Acaba de finalizar la 17ª etapa del Giro de Italia de 1998. Giuseppe Guerini se ha anotado la victoria parcial, pero lo más importante es que la *maglia* rosa ha acabado sobre los hombros de Marco Pantani. Es la primera vez que se viste de líder en la carrera de su país y ya no cederá el maillot más bonito del mundo. ¿Y yo? Yo soy el mayor fan de Marco Pantani y también la persona más feliz del mundo mientras miro por el televisor de mi casa la repetición a cámara lenta de la entrada en meta del Pirata, el apodo de este pequeño escalador transalpino. Tengo apenas 16 años. Me llamo Lucas Castro y mi vida entera gira alrededor del ciclismo.

Pedaleando en el infierno es una novela, pero también el retrato fiel de toda una época, una punzante descripción de lo que ocurría en el ciclismo profesional español en los años previos y posteriores a la tristemente famosa Operación Puerto. Hablamos de un tiempo de contrastes: la burbuja inmobiliaria y la proliferación de patrocinios públicos permitieron el nacimiento de muchos nuevos equipos. Pero esa bonanza incluía también un lado oscuro que conoceremos gracias a Lucas Castro, un joven con el que viviremos su evolución desde los sueños infantiles por ser ciclista hasta la llegada a la élite del deporte.

Su autor, el periodista especializado en ciclismo Jorge Quintana, es una de las personas que más de cerca ha seguido el sumario de la Operación Puerto. Si a ello sumamos su amplia experiencia en el asesoramiento de ciclistas y su conocimiento de los entresijos del ciclismo, no nos puede sorprender el resultado: una novela que se lee como una crónica periodística de toda una generación de ciclistas. El libro describe sin tapujos la historia del dopaje: las motivaciones, los inductores y las prácticas, todo ello en el contexto de un país y una economía que parecían estar en eterno crecimiento. Eran años dorados que terminaron consolidando un sistema basado en la corrupción social, económica y deportiva.

